Torres, Helen (2016). El amor en tiempos de Facebook. En Solá, Miriam y Urko, Elena, *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, pp. 237–250. Tafalla: Txalaparta

ISBN: 9788415313663

EL AMOR EN TIEMPOS DE FAKEBOOK*

Helen Torres

Aquella semana corregía una novela de amor. Mientras, fui a visitar a un amor antiguo.

Volví a casa después de la visita. Terminé la corrección. Mi cuerpo estaba convaleciente. Las piernas me pesaban como prótesis extrañas.

Sentía que me había consumido hasta los huesos con aquel texto sobre un amor perturbado y sus efectos en una joven inadaptada. En mi mente cansada se mezclaban los recuerdos de aquel romance ajeno con los de mi propia historia. Entonces me di cuenta de hasta qué punto mi vida había estado moldeada por la búsqueda del amor como proyecto vital, como proyección del yo en el futuro. Y cómo, gracias a la práctica continuada del sexo y la relacionalidad amorosa fuera del paradigma de la heteronormatividad, había llegado a distinguir entre deseo y placer, amor y sexo, confianza y conocimiento, compromiso e inmutabilidad.

Dicen que has de separar para entender, y luego, volver a juntar. Así, entendí que el deseo podía ser un placer; que el placer podía venir sin sexo; que la confianza era indispensable en toda relación; y que el compromiso se hace efectivo aquí y ahora.

Nunca antes se me había ocurrido que había emociones tan o más importantes que el amor. Ni que el sexo no fuera una necesidad imperiosa para mantener la cordura. Y resultó que, no solo el amor no era tan importante, sino

*.- Agradezco a Lucía Egaña y Lucrecia Massón las conversaciones que hicieron posible este artículo.

que el sexo dejó de ser la fuente primordial de placer y aquello que me definía como persona.

La llave que abrió las puertas a esa comprensión fue dejar de ser lo que (no) era –mujer, pareja, madre, diosa– para ser algo que no sabía que era, una amalgama incierta más allá de las proyecciones y los deseos.

Yo no era tan importante. Ni tan poca cosa. Era algo más. Algo desconocido e intrigante, algo que no me esperaba, que se extendía más allá de mis fronteras. Y podía existir sin que el amor de otros seres confirmaran mi existencia.

Mi cuerpo sigue queriendo que lo quieran. Mi piel sigue deseando otras pieles. Pero el cuerpo no entiende de sapos, princesas ni novelas; si acaso de poros, sudores, estremecimientos. Placeres. Y que le dejen en paz.

(Luego está el hijo[148]. Alguien a quien es difícil decir «te quiero». Suena a banalidad. Una redundancia. Una incomodidad. Al hijo lo quieres antes de conocerle. Y luego, has de aprender a amarle, a pesar suyo, a tu pesar. Sin sexo. No todas las madres aman siempre su creación. El amor no es una condición vital, sino una forma más agradable de vivir).

La cunita

«¿De qué es esta mani?». «No sé... debe ser algo de lesbianas». (Escuchado en manifestación por la despenalización del aborto, Barcelona, 2012)

Discutir los qué, cómo y porqués de un movimiento político supone definir acciones, propiciar una serie de acontecimientos, promover valores para una ética. Pero no buscar un pensamiento común.

148.- Utilizo el masculino porque es mi caso.

Ya desde principios de los años ochenta, Donna Haraway viene advirtiéndonos sobre los peligros de la visión única y de un lenguaje común que homogenicen las luchas contra el patriarcado. Amante de las metáforas, Haraway nos habla del conocimiento situado como puntos de vista articulados a la manera del juego de hilos llamado la cunita.

> La cunita trata sobre diseños y nudos, el juego requiere gran destreza y puede acabar con serias sorpresas. Una persona puede construir un gran repertorio de figuras de cuerdas en un solo par de manos, pero las figuras de las cunitas pueden ir y venir entre las manos de quienes juegan, añadiendo nuevos giros en la construcción de diseños complejos. La cunita invita a un sentido del trabajo colectivo, hablan sobre la incapacidad de una sola persona para crear todos los diseños por sí sola. Nadie «gana» en el juego de la cunita, el objetivo es mucho más interesante y con un final más abierto. No siempre es posible repetir diseños interesantes, y deducir cuál será el fascinante diseño resultante es una habilidad analítica encarnada. El juego es practicado en todo el mundo y puede tener una significación cultural considerable. La cunita es global y local a la vez, distribuida y ligada[149].

Así imagino el transfeminismo: puntos de vista que se enredan para formar diseños inesperados y abiertos, alianzas parciales y contingentes alejadas de las ansias de universalización y homogeneización. Estas son herramientas de la Casa del Amo. La parcialidad y la heterogeneidad no son lujos de la postmodernidad, sino condiciones de supervivencia para quienes conocen los peligros que encarna el liderazgo y las miserias del pensamiento único.

Mi mirada es desde y hacia el interior de esta comunidad permeable y vírica llamada transfeminismo, en busca de herramientas en la lucha contra el patriarcado.

Las batallas son cansinas. Vuelves con hambre, sueño, barro y ganas de una bañera bien caliente. Para esos

149.- Haraway, Donna: *Testigo Modesto@Segundo Milenio*, UOC, Barcelona, 2004.

momentos está pensado este texto: para el descanso de las guerreras.

Seguro que hay temas más urgentes en estos momentos críticos. Sin embargo, propongo este ejercicio justo cuando menos tiempo tenemos para pensar, y sobre asuntos que, aunque cotidianos, solemos arrinconar en el cajón de las confidencias, los chismes, las quejas, los secretos, los silencios.

Para ello me valdré de una figura y una pregunta.

La figura es la del idiota (rescatado por Isabelle Stengers que lo rescata de Deleuze que lo rescata de Dostoievsky). El idiota es aquel que nos reclama detenernos, que se resiste a aceptar lo consensuado. No pide una desaceleración porque considere que la explicación sea errónea sino porque cree que «hay algo más importante»:

> Sabemos que allí está el conocimiento, pero el idiota nos pide que ralenticemos la marcha, que no nos consideremos con la autoridad para creer que poseemos el significado de lo que sabemos[150].

La pregunta es qué hacer con nuestra herencia emocional patriarcal[151]. ¿Cómo resignificar la ecuación sexo=amor=pareja=familia=lazos sanguíneos? ¿Cómo redefinir la mirada? ¿Cómo abandonar la reproducción de un yo coherente y centrado para crear otras formas de amar?

150.- Stengers, Isabelle: «The Cosmopolitical Proposal», *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*, MIT Press, Cambridge, MA, 2005.

151.- Despret, Vincianne: *Our Emotional Make-Up*, Other Press, Nueva York, 2004.

> Locura es la lógica estúpida de la vigilia que insiste en que la identidad se sostiene a lo largo del tiempo y las desdichas. Como si yo, sin vos, fuera la misma persona
>
> ANA MARÍA SHUA[152].

La diferencia se puede plantear entre entidades y en el interior de esas entidades[153]. Para salir de la dominación jerárquica es necesario realizar estos dos movimientos de manera simultánea. Porque no solo «los hombres y las mujeres de nuestro tiempo» tienen miedo al cambio y reproducen valores y prácticas patriarcales. Las transfeministas también nacimos en esta sociedad; aquí fuimos socializadas, aquí vivimos, amamos, algunas pocas nos reproducimos y aquí mismo moriremos. Nosotras también somos la sociedad.

Hemos de habitar la contradicción, hacernos preguntas interesantes para usar como señales y olvidar los modelos. Generar formas de vida inesperadas que no remitan a un modelo binario de opresión, a una oposición antagónica entre el Uno y las otras. Y para ello no sirve oponerse al Uno como un todo coherente y homogéneo, porque ese todo no existe, y si lo creamos, le damos más razones de existencia. Se trata de resaltar las diferencias al interior de esas otras, nosotras; preguntarse por las fisuras, las contradicciones, la incoherencia de toda identidad.

Ni la transexualidad ni la homosexualidad son fases superiores de la heterosexualidad. Hay otras exclusiones: de clase, color de piel, país de origen, títulos universitarios, historial depresivo, especificidades corporales y otras de esas pequeñeces que definen al mundo. No somos huestes de Xenas gays:

152.- Shua, Ana María: *La muerte como efecto secundario*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997, p. 43.

153.- Minh-Ha, Trinh T.: *Woman, Native, Other: Writing Postcoloniality and Feminism*, University of Indiana Press, 1989.

aguerridas, certeras, invencibles. Armadas hasta los dientes y capaces de enfrentarse a todo. Con glamour y mala leche.

Nadie es valiente todo el rato. A veces nos cansamos. No todas tenemos mala leche. Y mucho menos glamour. ¿Y qué pasa con quienes *no pueden* ser transfeministas? ¿Qué con quienes han sido oprimidas por otras mujeres (quizás lesbianas, quizás blancas, probablemente feministas)?

Vivir en la distopía con un libreto utopista es una contradicción dolorosa. Sostener que *todas unidas jamás seremos vencidas* es peligroso. Y un olvido imperdonable de la historia de nuestras antepasadas.

Como dijo Haraway, no nos salvará el cyborg como no nos salvó el Che. No se trata de salvarnos sino de crear nuestros propios mecanismos y redes de apoyo. Un lenguaje propio. Otras formas de relacionarnos. Otras maneras de amar. Devenires inapropiados e inapropiables.

Propongo poner sobre el escenario nuestra herencia emocional y afectiva y demostrarnos capaces de superarla. Preguntarnos sobre nuestras contradicciones, miedos y angustias, no como cuestiones privadas y personales, sino como problemas públicos y políticos.

Ya lo dijeron nuestras abuelas feministas. Escuchémoslas.

El espejo

En un espacio relacional que no funciona con los códigos de la normatividad heteropatriarcal, la pareja es una figura conflictiva, tanto para quienes la practican cómo para quienes no.

Un *fisting* público entre dos biomujeres es una bofetada a la normalidad. Un mimo a tu amada en una celebración soleada podría leerse como la definición de un espacio de intimidad, la circunscripción de un coto privado. No digo que lo es. Pero sí que nuestra mirada es también una herencia aún por resignificar.

La mirada se construye a partir de patrones de normalidad tan grabados en nuestras retinas que difícilmente podamos identificar si no hacemos ejercicios performativos que los pongan en jaque.

Uno de estos ejercicios son los talleres de drag king, prácticas encarnadas de modificación corporal y gestual que nos ponen en un lugar extraño: saber qué se siente al performar públicamente la masculinidad con la rabia de quien ha sido construida como mujer. Lo más sorprendente es la reacción del king: sus emociones son diferentes, siente unas ganas de dar hostias antes inimaginables. Su personaje le hace hacer. Este es uno de los grandes logros de este ejercicio: ser consciente de hasta qué punto la mirada te hace ser. Y entender cómo la reproducimos y cómo resignificarla.

Luego está el Drag Incómodo, una propuesta de Lucrecia Masson, que propone «habitar corporalidades que nos resulten incómodas, inapropiadas, defectuosas». Si sientes que tus tetas, tu culo o tu barriga son demasiado pequeñas o demasiado grandes, luciéndolas dejarás de ver la mirada ajena como arquitecta de tus curvas. Esta vez eres tú quien delinea tus contornos.

La mirada se cuestiona alterando los códigos de lectura, cambiando los papeles, haciendo un *cut-up* con el guion a partir del cual te leen/te lees. Cuando la mirada desenfoca, se siente ridícula. Tiene miedo. No sabe qué hacer. Mientras tanto, tú tienes la satisfacción de disfrutar de tu masculinidad, tus tetas pequeñas, tu culo grande y tus michelines. Y das la oportunidad a quienes sean capaces de descubrirte de admirar tu belleza. Porque un cuerpo orgulloso y valiente, un cuerpo guerrero, no puede ser sino hermoso.

La mesa

En la comunidad postporno se ha trabajado durante años la distinción entre amor y sexo. Pero la urgencia del presente

hace difícil entender las emociones. ¿No sientes nada en una relación sexual ocasional? ¿Es el sexo condición de las relaciones amorosas? ¿Es la pareja garantía del amor? ¿Es el amor una flor que solo crece en el jardín de los humanos?

Amamos a partir de estereotipos regidos por códigos estrictos. El poliamor como multiplicación de parejas; la pareja como coto privado de los cuidados y del amor sexual. La negociación entre las partes es compleja y remite siempre al patrón.

Luego está la distribución jerárquica de amantes, por la cual las relaciones amorosas se establecen según prioridades definidas por una de las partes. Aquí, la confianza y el respeto pueden sufrir graves reveses, además de perpetuarse una de las enfermedades humanas más perniciosas: la de las jerarquías[154]. Desde el punto de vista antropocéntrico en el que ubicamos las relaciones amorosas, las jerarquías son un vicio difícil de reconocer y más difícil de llevar en las relaciones con no-humanos.

Tampoco hemos profundizado en las relaciones entre humanos y no-humanos, remitiéndonos a interpretaciones más o menos literales de la metáfora del cyborg, relegando los aportes de diversas investigadoras feministas sobre la constitución y la domesticación mutua entre las especies[155] y la responsabilidad que esto conlleva.

Pretendemos ceñir nuestras emociones en modelos que albergan por igual celos, decepción, odio, frustración, ruptura, desamor. Aplicamos esta fórmula a todas las relaciones,

154.- «Son ustedes jerárquicos. Esa es la característica más antigua y más atrincherada en ustedes. La vimos tanto en sus más cercanos parientes animales como en los más lejanos. Es una característica terrestre.» Octavia Butler, *Amanecer*, Ultramar, Barcelona, 1989.

155.- Haraway, Donna: *The Companion Species Manifesto. Dogs, People, and Significant Otherness*, Prickly Paradigm Press, Chicago, 2003.
Tsing, Anna: «Unruly Edges: Mushrooms as Companion Species, Otoño, 2004, http://tsingmushrooms.blogspot.com.es/.
Despret, Vincianne: «The Body We Care For: Figures of Anthropo-zoo-genesis.» *Body & Society*, 10(2–3), Sage, 2004 pp. 111–134.

con humanos o no-humanos, poniéndonos siempre en el centro de la relación. Hacemos del acople con otro humano el bálsamo emocional exclusivo o desacreditamos el amor. «El amor es heterosexual», dijo alguien una vez. ¡El amor apesta! ¡Cuidado con el amor!

Quienes escapan a los modelos devienen turistas emocionales. Con un pie en el futuro, siempre a punto de lanzarse al tren que pasa al lado, pero sin llegar a saltar. No es una conducta temeraria sino temerosa. Un no querer estar aquí, un deseo de un otro lugar al que se llega por teletransportación, sin restos de sudor en la frente (porque el cuerpo no viaja, es energía que se desplaza a otro lugar). Un destino (difuso, intercambiable, anodino) sin viaje. Aunque nos guste pintarlo como un viaje sin destino.

Procrastinar es querer ser otra persona pero no tener agallas para intentarlo. Es no tener el valor de transformarse, de aceptar el devenir. Escapar del acontecimiento. No querer perderse nada. Estar en muchos sitios a la vez. Ampliar el vocabulario sin profundizar en el significado. Preferir la fugacidad de una promesa al sudor de un encuentro. Temer el fracaso mientras se busca con determinación.

Así pues, jerarquías o procrastinación. Hemos pensado en identidades queer y trans; en cuerpos abyectos y protésicos; en metahumanos y articulaciones entre especies. Pero todavía arrastramos el ideal bíblico de ser el centro del Universo, heredado de la concepción cristiana de la creación divina del hombre como ser superior al resto de las criaturas (incluyendo a las mujeres).

Estas concepciones sobre qué es el ser humano y cómo se relaciona dan forma a nuestra concepción del amor, la pareja, las formas de vida ideales y las vivibles. Es una herencia difícil de identificar y, por tanto, de cambiar. En la era de la física cuántica, aún no nos hemos librado del pantojismo amoroso ni del miedo a la soledad.

Quizás porque creemos que rechazar el romanticismo es separar el significado del gesto y dejarlo huérfano, perdido,

esperando que alguien lo venga a rescatar. Que abandonar el romanticismo es negar el amor. Que el amor es la búsqueda de aquello que no somos, el deseo de lo que nos falta, la pasión desenfrenada que nos hará vibrar. Por eso, cuando se nos presenta un deseo que no tiene nada que ver con la complementariedad nos cuesta leerlo como deseo.

Entendemos el deseo como «hago lo que me sale del coño». Una afirmación de que no importa el efecto de mis acciones. Que mis deseos están por encima de los de los demás. Que son puros. Auténticos. Como si nos guiara una identidad central fija y coherente. Como una religión, o el deseo de una religión.

> La liberación sexual es una mistificación... la liberación acontecerá cuando la sexualidad devenga deseo, y deseo es la libertad de ser sexual, ser algo más al mismo tiempo. El deseo solo puede ensamblar sin constituir todos: los quiebres maquínicos, las parcialidades, las discontinuidades producen deseo. Deseo es producción y destrucción, composición y descomposición de ensamblajes[156].

El deseo como fuerza impulsora, como potencia, como motor y no como ausencia[157]. El deseo como un desvío de la línea continua del tiempo. El sexo como ser algo más al mismo tiempo.

Ni rechazar las pasiones ni caer en su esclavitud[158]. Abrirse al acontecimiento[159]; responsabilizarse de las emociones; no transformar todo sentimiento en acción; no hacer de la pasión amorosa chivo expiatorio, prótesis emocional que separa los cuerpos de la razón.

156.- Guattari, Félix: *Soft Subversions*. Semiotext(e), Nueva York, 1996. p. 56.

157.- Para *brain-lovers* y amantes de la ética, recomiendo la lectura de Baruj Spinoza (especialmente su *Ética*, argumentada según un riguroso sistema geométrico) aquel filósofo judío de quien Borges decía que no podíamos no amar, o no deplorar el no haberle conocido.

158.- «Esperar es desesperar esperando algo del tiempo, que es un atributo de Dios», B. Spinoza, *Ética*.

159. «No solo la fabricación de la silla es un acontecimiento, la silla misma es un acontecimiento», Alfred Whitehead.

El fuego

El sitio del fuego: lo que no tiene forma, lo que adquiere la forma de aquello a lo que se adhiere[160]. Un lugar alrededor del cual contar y escuchar historias, donde tejer relaciones y hacerse preguntas idiotas al amparo del frío de la urgencia. El fuego, el hogar.

El hogar no tiene porqué ser punto de partida, puede ser punto de llegada. Un lugar de encuentro, un espacio a habitar, en el sentido que le da Henri Lefebvre: habitar como apropiarse de algo, pero no en el sentido de tener en propiedad, sino de «hacer la propia obra, modelarla, formarla, poner el sello propio».

Charis Thompson habla de coreografías ontológicas[161]. Entender los seres no como diseño atemporal sino como danza compartida de carne, materia, signo y significado. Específica. Localizada. Cambiante. A veces los acoplamientos funcionan. A veces no.

Las coreografías necesitan mucho esfuerzo para ser dinámicas, para no ser un amasijo de fragmentos, para poder bailar.

Haraway[162] sostiene que parejas, socios, compañeros, colegas... no preexisten a la relación, sino que son lo que surge de esas articulaciones dentro y entre los seres.

160.- Así se define al fuego en el *I Ching*.

161.- Thompson, Charis: *Making Parents: The Ontological Choreography of Reproductive Technologies*, MIT Press, Cambridge, MA, 2005.

162.- Haraway, Donna: «A Note of a Sportswriter's Daughter: Companion Species», *Bodies in the Making: Trangressions and Transformations*, New Pacific Press, Santa Cruz, CA, 2006.

Vincianne Despret[163] argumenta que las prácticas de domesticación crean y transforman a humanos y animales a través del «milagro de la sintonización» (sujetos que se construyen mutuamente estando juntos) y no de la empatía (un sujeto transformándose al okupar un objeto). Para que la sintonización sea posible es necesario estar disponible a los acontecimientos.

El amor es una afectación, una práctica de interés: lo que está entre; la creación de una conexión; el ser importante. Su ingrediente primordial es la confianza. «Y nunca se debe ser indiferente a la confianza que se inspira»[164].

Annie Sprinkle y Beth Stevens proponen el ecosexo. Si somos híbridos de animal y máquina, realidad y ficción, cultura y naturaleza, la Tierra no es madre sino amante. Amémosla. Es nuestro hogar, el sitio del fuego.

Arquitecturas habitables

A partir de las figuras esbozadas en este breve artículo –la cunita, el sofá, el espejo, la mesa y el fuego– Lucrecia Massón y una servidora planteamos un proyecto para crear cartografías relacionales y diversas herramientas performativas para hackear códigos emocionales y redefinir las relaciones afectivas en tanto prácticas de interés basadas en la confianza.

Siguiendo el flujo de cruces entre hackers, artistas y activistas transfeministas que se viene dando en los últimos años en el Estado español[165], estrenamos la propuesta en

163. Despret Vincianne: «The Body We Care For: Figures of Anthropo-zoo genesis» *Body & Society*, 10(2-3), Sage, 2004, pp. 111-134.

164. Isabelle Stengers, en V. Despret, op.cit., p.122

165. Estas intersecciones se han ido materializando sobre todo en el proyecto Generatech, el programa de «Summer of Labs», el Hackmeeting 2012 en la colonia postindustrial Calafou y, concretamente en la comunidad postporno a

agosto de 2013 en una residencia en Artropocode, encuentro sobre «Intersecciones artísticas entre cuerpos, tecnologías y ecologías» programado por la Red Arco Atlántico en Baleiro Lab y la USC (Universidade de Santiago de Compostela)[166].

Nuestra intención es mapear articulaciones afectivas entre participantes del encuentro, tecnologías y entorno para tomar conciencia de la manera en que nos constituimos mutuamente en las relaciones entre entidades humanas y no-humanas. Proponemos una cartografía emocional y una narrativa sonora geolocalizada, en un intento de alterar la jerarquía de los sentidos destronando la mirada a través de un relato colectivo, contingente y situado.

La propuesta surge de la inquietud de un grupo de amigas que compartimos una serie de atributos: somos eurakas (sudamericanas residentes en Europa), no padecemos heterosexualidad obligatoria, quizás somos artistas, somos definitivamente políticas y gozamos de altos niveles de precariedad económica, familiar y emocional. Nos hemos denominado La Sudaka Coaching Kuir. Por un lado, buscamos fortalecer redes afectivas y discutir sobre nuestras emociones en tanto cuestiones políticas y no como conflictos individuales, lejos del psicoanálisis, la confesión y las terapias «alternativas». Por otro lado, inspiradas en lo que la socióloga y etnógrafa Susan Leigh Star llama «el privilegio de la perspectiva parcial» de quienes viven fuera de la norma, intentamos trasladar al resto de la red transfeminista nuestras experiencias y saberes como subjetividades monstruosas con una doble visión (desde dentro como residentes del espacio europeo, desde fuera como exiliadas del espacio sudamericano).

partir de propuestas colectivas de artistas como Shu Lea Cheang y los colectivos Quimera Rosa, Transnoise y Minipimer.tv.

166. http://www.baleiro.org/content/residencia-artropocode-summer-labs-2013

Y termino aquí mis devaneos, a la espera de volver a encontrarnos alrededor de un fuego, una barbacoa o una queimada, en alguna coreografía ontológica que nos permita bailar y sintonizar afectos, emociones, cuerpos y tecnologías sin miedo a la conjunción entre amor, sexo, deseo y placer. Que la vida es demasiado corta, y la lucha demasiado larga.

las relaciones de amor como proceso creativo revolucionario[167]

bengala * magnafranse

hablar de relaciones de amor en nuestro contexto histórico-geográfico todavía significa amor de pareja y monogamia, concepto que hemos visto traducido en nuestras vidas y que relacionamos con otros como fidelidad, posesión, propiedad privada, matrimonio, familia...

no pretendemos atacar la monogamia ni defender la poligamia, o viceversa, ni hacer un juicio sobre cuál es la relación sexo-afectiva más justa, buena o válida.

nos parece importante subrayar que si decidimos hablar de monogamia es porque vemos en este concepto un potencial semántico y político para retratarnos y retratar nuestra contemporaneidad contextual.

vivimos en un momento histórico de imperialismo capitalista donde este proyecto político económico y cultural

167.- hemos decidido utilizar las letras minúsculas como práctica aprendida de http://lara-bia.tumblr.com/texts «reivindicar el espacio de las mayúsculas, y someter la entera construcción del cuento a las minúsculas, es el signo de un devenir-minoritario posible, que empieza a partir de la estética de la frase. la importancia de esta propuesta es atacar la estructura bajo cada una de sus formas mayoritarias, también por medio de la escritura que es (en cuanto lengua nacional) una de sus herramientas de poder más eficaces. significa forzar la mayoría, por medio de sus mismas herramientas y su capacidad de lectura, a emprender un proceso de devenir-minoritario».